

G.W.L. Leibniz: *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, Libro III, capítulos VII, VIII y IX (págs. 386-400)

Capítulo VII, ‘Sobre las partículas’ (387-90):

En este capítulo encontramos que la discusión entre Locke (o Filaletes) y Leibniz (o Teófilo) versa sobre el uso de las partículas y la correspondiente importancia que éstas poseen para el lenguaje y el entendimiento.

A juicio de Locke, las partículas son aquellas palabras cuya función es expresar las relaciones que existen entre distintas proposiciones (sean afirmaciones o negaciones), tales como la conexión, la oposición, etc. Y, para saber más acerca de ellas, habría que reflexionar acerca de los pensamientos que el espíritu tiene para observar en ellos los movimientos que éste realiza y cuyas señales son, precisamente, las partículas. Leibniz dice que, además de esto, las partículas sirven para enlazar las partes de una misma idea (combinación).

Locke añade que del uso de las partículas dependerá el «arte de hablar bien», de construir discursos que puedan ser comprendidos con facilidad, por lo que, a este respecto, las partículas son imprescindibles para el lenguaje. Sin embargo, Leibniz no concede que las partículas sean tan imprescindibles; por el contrario, para que un discurso sea sencillamente accesible basta sólo con que el discurso sea ordenado.

Por otra parte, a propósito de la clasificación de las partículas en el lenguaje, Locke y Leibniz coinciden en que no es posible encontrar una significación general-formal de las partículas común a todo lenguaje, dada la extensa variedad de significaciones que albergan las diferentes partículas de distintas lenguas. No obstante, y a pesar de ello, ambos entienden que podemos hablar de «partículas» en tanto que todas ellas, aun perteneciendo a lenguajes distintos y teniendo diferentes significaciones, «contienen siempre, o bien en una determinada construcción, el sentido de toda una proposición» (pág. 390). Pero no sólo esto, sino que además las partículas son, como señala Leibniz al final del capítulo, «el mejor espejo para el espíritu humano», y es que, además, un análisis preciso del significado de las palabras nos haría conocer las operaciones del entendimiento mejor que cualquier otra cosa». Locke está de acuerdo con esto, en cuanto que dice que los usos de las partículas son señales de las acciones del alma. > Ppio. De armonía preestablecida mente-cuerpo-realidad. > orden común a toda lengua.

Capítulo VIII, 'Sobre términos abstractos y concretos' (págs. 391-2):

Ahora, Locke inicia el capítulo con la exposición de la distinción entre un tipo de términos que son «abstractos» y otro tipo de términos que son «concretos». Los primeros son aquellos que significan ideas que son distintas entre sí, cuya diferencia es aprendida o inteligida de un modo inmediato por el alma (¿un conocimiento claro pero confuso?). Asimismo, estos términos abstractos refieren a ideas que no pueden ser afirmadas la una por la otra, es decir, ideas cuya afirmación no se da como consecuencia de afirmar otra idea.

Ahora bien, dentro de los términos abstractos Leibniz introduce ya dos tipos de términos abstractos, los cuales, por cierto, son términos incompletos¹. Por un lado, encontramos los términos abstractos que son «lógicos», los cuales consisten en la integración de varias proposiciones en una sola denominación (esta integración tiene un carácter meramente lógico-lingüístico). Estos términos están sustentados por el otro tipo de términos: los abstractos que son «reales», por cuanto que son «esencias», partes de ellas o accidentes (es decir, aristotélicamente, entes que se añaden a una misma determinada sustancia, pero que no le son consustanciales, al menos en su origen). No obstante, aunque los términos abstractos lógicos puedan quedar reducidos e integrados a una serie de denominaciones, los abstractos reales no pueden ser reducidos; de hecho, ellos son la condición de posibilidad de los lógicos, dado que son términos de los que puede predicarse.

Así, Leibniz concluye diciendo que, si hay escasos nombres que sean abstractos, se debe a que su función esencial es la de ejemplificar la noción general de «sustancia», en ámbitos como, por ejemplo, las escuelas.

¹ por la razón de que aprehendemos intelectualmente las diferencias entre las ideas a las que refieren, pero éstas no tienen un referente en la realidad, sino que son *entia rationis* (relaciones abstractas¿?)

Capítulo IX, ‘Sobre la imperfección de las palabras’(págs. 393-400):

Las palabras tienen, señala Locke, un doble uso: por un lado, sirven para que nuestros propios pensamientos queden registrados en la memoria como una sucesión ordenada temporalmente; por otro lado, esta primera utilización de las palabras conlleva el usarlas con el fin de poder comunicar a otros nuestros propios pensamientos, dado que están ordenados, son coherentes y son representados a través de signos (palabras). Entonces, a propósito de esta segunda utilización de las palabras, que no es sino la comunicación, como vemos, Locke establece dos tipos de comunicación: una civil, referida a las conversaciones que mantenemos en la cotidianidad; y otra de carácter filosófico, relativa al uso que se le da a las palabras cuando se quieren obtener nociones precisas sobre las cosas, así como también para la expresión de verdades como proposiciones generales. A esto, Leibniz añade que las palabras son, pues, al mismo tiempo «marcas» o notas, cuando lo son de nuestros propios pensamientos para nosotros mismos, y «signos», cuando lo son – también de nuestros pensamientos– para los demás. Y, por lo que respecta al tipo de uso que hagamos de estos signos, Leibniz vincula el civil a la aplicación de una serie de presupuestos generales a nuestra vida práctica², mientras que define el uso filosófico como aquel según el cual se intentan probar, verificar, o hallar preceptos.

A continuación, Locke hace un esbozo de los cuatro errores a los que, a su juicio, está sometido el lenguaje, con independencia del uso que le demos. Estos cuatro errores parecen estar atravesados por el hecho de que, aunque podamos usar las mismas palabras, siempre tenemos distintas nociones o ideas acerca de las cosas.

Es por esta razón aducida por Locke por lo que Leibniz hace resaltar la importancia del estudio de la tradición, de la historia de las lenguas de las distintas culturas, lo cual es conservado gracias a la escritura. Así, el estudio de las tradiciones es necesaria, «de manera que no sea desdeñada ninguna de las luces que la antigüedad nos haya podido dar a través de la tradición de las doctrinas y las historias de los hechos» (pág. 395). Pero, en el caso de que no quedara ningún escrito por examinar, «las lenguas desempeñarían el papel de dichos libros, ya que son los momentos más antiguos del género humano». Pienso que aquí podemos atisbar la intención del proyecto leibniziano de una *characteristica universalis*, que es la idea de la configuración de un lenguaje universal de carácter formal que pueda ser capaz de expresar tanto conceptos matemáticos y científicos como metafísicos, de manera que pueda ser usado en el marco de un cálculo lógico y universal. Las

² Cosa que hacemos de manera «intuitiva», puesto que tenemos una serie de ideas innatas de las que nos servimos para actuar en la realidad, tales como el principio de no contradicción.

consecuencias del proyecto de la unificación de las lenguas en una que sea utilizable de manera universal son positivas para el conocimiento de las cosas («puesto que a veces los nombres se corresponden con las propiedades de las mismas», pág. 396), así como también para el conocimiento del propio espíritu y de sus distintas operaciones. Esto es así de acuerdo a unos de sus principios metafísicos según el cual hay una relación entre el alma, su pensamiento, y el mundo: el alma expresa ya de manera innata la realidad del mundo y sus pensamientos (innatos, por supuesto) coinciden con la estructuración de la realidad. Esta idea es central de su racionalismo: la realidad está estructurada de tal manera que los pensamientos del alma (y el alma misma) coinciden con ella; o, dicho de otra manera, la razón piensa en conformación con cómo esté organizada la realidad.

Ahora bien, volviendo a la tesis lockeana acerca de los errores del lenguaje, Leibniz dice que, en lo que respecta a la determinación de las significaciones de los términos, se presentan dos dificultades, dadas ambas por el conocimiento confuso que adquirimos, a veces, en la experiencia: la duda acerca de la compatibilidad de las ideas, a causa de que a veces la experiencia nos las ofrece como estando combinadas en un mismo sujeto; y la necesidad de las definiciones provisionales de las cosas sensibles de las que no tenemos la experiencia suficiente como para dar determinaciones exactas. Lo ideal en este sentido, tanto para Locke como para Leibniz, sería la perfecta adecuación de los términos a las sustancias corporales de la naturaleza, cosa que no es posible porque, para adecuar completamente un término a una sustancia, habría que conocer todos los predicados que de suyo le pertenecen, cosa imposible para nosotros.

Más adelante, Locke señala la doble referencia que poseen los nombres de los seres que son sustancias: una, a la constitución interna y real de la cosa, y otra, la referencia que los nombres de las sustancias hacen de manera inmediata a las ideas simples que, de forma simultánea, se dan en la misma sustancia. Bien, pues, es la segunda referencia la causante de que tengamos distintas nociones respecto de un mismo nombre (una misma sustancia): tenemos percepciones distintas acerca de las mismas cosas, por lo que la noción que vinculemos a los nombres de aquéllas será también distinta; de ahí los errores o dificultades que podamos tener en la comunicación «civil», aunque tanto Locke como Leibniz admiten que hay más dificultades aún en la utilización filosófica de los términos generales.

No obstante, Locke insiste en que los errores del lenguaje se deben al propio lenguaje y no a nuestro entendimiento: «las palabras se interponen de tal forma entre nuestro espíritu y la verdad de las cosas que pueden ser comparadas con el medio a través del cual pasan los rayos invisibles, el cual produce a menudo nubosidades sobre nuestros ojos» (pág. 399).